

Enanos y herederos*



MASSIMO RIZZANTE

(Traducción de Carmen Ruiz de Apodaca)

Todos nosotros, que vivimos en la “superpotencia mundo”, nos hemos vuelto muy sensibles al reclamo de las diferencias.

El *Far West* universal de la producción y del consumo hace que todas las civilizaciones se vuelvan uniformes. Al mismo tiempo, se habilitan verdes praderas para que pequeños grupos de indios puedan realizar sus sacrosantas correrías y, además, reivindicar su derecho a hacerlo.

Pero nuestra época no es tan ingenua. La adhesión a las leyes del mercado viene compensada con el entusiasmo por los derechos de los más desfavorecidos: niños, mujeres, homosexuales, vagabundos, minorías étnicas, sadomasoquistas, todos tienen el derecho de conservación y de reproducción. Pero en sus sacrosantas reservas.

El *Far West* del siglo XXI es la lógica del mercado amamantada por la *ratio* de la reserva. Eso hace que todos se sientan al mismo tiempo indios y vaqueros, reaccionarios y progresistas, protagonistas y excluidos: siempre en el centro del mundo y siempre en la periferia del mundo.

Así también van las cosas en la ex República de las Letras, en el país de Literaturistán.

Ningún escritor del mundo que no haya cumplido al menos setenta y cinco años puede reivindicar hoy un gramo de autoridad espiritual y literaria. ¿Por qué? Porque el peso de la jerarquía se ha vuelto insoportable. ¿Y qué queda del arte una vez que

desaparecen las jerarquías? La anarquía de un poder ilimitado y sin nombre. De hecho, lo que caracteriza a los súbditos del país de Literaturistán es su emancipación de toda autoridad y su sagrado derecho a la literatura. En consecuencia, todos corren libremente por las verdes praderas de la propia diferencia.

Nanoescritura

Los enanos ya no se suben a las espaldas de los gigantes, no llegan ni siquiera a hacerles cosquillas en los testículos. La nanoatomización de la literatura en el país de Literaturistán sólo produce marginados sin futuro o especialistas en *best-seller* internacionales.

Claro que cuando se habla de arte la cantidad no podrá destruir nunca la calidad. A lo largo del siglo XX hubo excelentes novelistas que consiguieron llegar a las hostiles almas de millones de personas. No es que yo niegue que hoy exista la posibilidad de talento. Lo que afirmo es el fin de la República de las Letras y de la obra literaria como lugar de aprendizaje para la vida. Yo afirmo el fin de la percepción literaria del mundo. Yo afirmo el fin de las élites literarias –*élite*: palabra hartó sacralizada y hartó recubierta de vergüenza– que durante un tiempo fueron capaces de asumir, al margen de todo proteccionismo étnico, una función mediadora entre las culturas, las literaturas, las obras. Yo afirmo la grotesca posibilidad de que los nanoescritores de hoy se conviertan

en gigantes para los jóvenes talentos del futuro, que estarán contratados de tiempo completo en las escuelas de escritura de los *manager* nanoescritores.

Catacumbas

A principios de junio de 2001, tuve la suerte de encontrarme con Keith Botsford, quien estaba de paso por Italia. En 1997, después de unos cincuenta años de febril actividad como escritor, periodista, traductor, historiador y profesor de universidad, fundó en Boston, con su gran amigo Saul Bellow, una revista llamada *News from the Republic of Letters*. Se trata de una revista cosmopolita, sin ningún tipo de publicidad y que cuenta con un millar de lectores. Cuando fui a conocerlo a Boston, Botsford me explicó que el objetivo esencial de la revista era dar alguna esperanza a los jóvenes escritores de calidad que no consiguen publicar. Bellow, fallecido a la edad de noventa años, dedicaba una buena parte de su tiempo a leer los originales inéditos y definía su actividad como “un deber y una utopía” en un mundo donde la preocupación por el arte pertenece cada vez más al patrimonio de círculos muy restringidos. En Estados Unidos la literatura de calidad se publica casi exclusivamente en las editoriales universitarias, lo que significa que la literatura tiende a convertirse en argumento académico. Para combatir esa deriva nació *News from the Republic of Letters*. Durante su aventura juntos, Bellow y Botsford confirmaron lo que pensaban: en Estados Unidos existen novelistas excelentes que tienen muy poco reconocimiento.

Frente a mi pesimismo de joven europeo de provincia, aquel gigante de entonces más de setenta años, fumador empedernido y lleno de energía estadounidense expresó: “¿Te acuerdas de los primeros cristianos? El arte vive hoy en las catacumbas, y es precisamente en las catacumbas donde la fe mantiene con más fuerza la esperanza de volver a ver la luz. Hace diez años le pregunté a Saul si conocía alguna manera eficaz de formar nuestra sensibilidad. Me respondió que no, salvo, quizá, ser capaz de acoger dentro de uno algunas obras maestras literarias como si fueran hostias consagradas”.

Exégesis y turismo

Dos meses después de aquel encuentro con Botsford en Italia, me encontraba en Lisboa. Me hospedaba en un pequeño hotel del Chiado, un barrio histórico de la ciudad. Era agosto, únicamente había turistas. Estaba solo y me pasaba casi todo el tiempo en mi habitación leyendo. Hojeaba revistas portuguesas de principios del siglo XX. No hay nada más instructivo y melancólico que hojear revistas literarias del siglo pasado. Uno se da cuenta de que todas las grandes corrientes del pensamiento, todas las revoluciones políticas y los anatemas del arte moderno se han difundido e impuesto gracias a las revistas. ¿Por qué hoy en día las revistas literarias son tan insignificantes?, me preguntaba. Bien, admitamos que siempre ha sido así. Pero ¿por qué hoy incluso la marginalidad del arte ha perdido su aura?

Al lado del hotel, en la terraza de uno de los cafés literarios más célebres de la Lisboa modernista, *A Brasileira*, hay una estatua de Fernando Pessoa. El poeta, sentado con las piernas cruzadas, parece esperar a alguno de sus amigos imaginarios. A su lado, el escultor colocó una silla vacía, frecuentemente ocupada por un turista que sonríe a un fotógrafo, un pariente, un amigo. Durante mi breve estancia pude ver hasta dos y tres personas sentarse a la vez en esa silla, incluso una familia entera. La madre sentada con el bebé de tres meses en los brazos y tres niños un poco más crecidos abrazados con todas sus fuerzas al mito literario formaban un conmovedor grupo humano. El padre fotografiaba.

Ésas son –me dije– las dos fuerzas que conspiran contra el arte: la exégesis que transforma toda obra en monumento y el turismo que transforma todo monumento en parque de diversiones. El arte muere por demasiada admiración, pero no sobrevive a un exceso de inocencia. Casi todo lo que Pessoa publicó en vida se encuentra en revistas (*A Renascença, Eh Real!, Orpheu, Centauro, Exílio, Contemporânea, Athena, Presença*), una obra venerada por los exégetas, olvidada –o ignorada, o desconocida– por los turistas. Su arte sólo ha podido sobrevivir como *décor*. Es el aura de un arte decorativo que ha sustituido al misterio

de la Eucaristía. “Primitivos que ya no se maravillan ante nada”, como dijo una vez Bellow.

Mi estupor llegó a su cima tras el espontáneo circo cotidiano cuando vi a un grupo de jóvenes estadounidenses invidentes que, acompañados por sus guías, se acercaban tanteando la estatua para rendirse al inevitable rito. Y a la inevitable sonrisa.

Vana curiositas y locura

Las nuevas tecnologías informáticas están al servicio de la capacidad de conservación y de transmisión del saber humano, pero su estrategia de conocimiento es enciclopédica. ¿Qué es una revista *on-line*? En el mejor de los casos, es una antología poderosamente infinita de artículos, ensayos, imágenes, sonidos que podemos almacenar en el cerebro, catalogar pero no escoger verdaderamente. La curiosidad que ese saber enciclopédico estimula –un saber enciclopédico que no procede de la *Encyclopédie*– no es crítica, no está sometida al juego del tiempo interior. Estamos muy lejos de la búsqueda en el presente y en el pasado de lo que está vivo, de lo que determina la reflexión y, casi, de la forma de la revista literaria. Al contrario, se trata de una *curiositas* de turista convertido en exégeta o de exégeta convertido en turista, que no considera –no tiene tiempo– las posibilidades y los límites individuales; una *curiositas* que fantasea con la

idea de poder estar en cualquier parte como en casa. La *vana curiositas* de San Agustín, decía Botsford, es la curiosidad con la que el hombre busca sin ninguna finalidad fuera de sus propios temas existenciales, fuera de sí.

Exégesis sofisticada, turismo, curiosidad informática: todos los nombres de la distracción contemporánea, o sea, del eterno deseo humano de estar siempre en otra parte creyéndose que en cualquier parte está en casa.

Precisamente por eso no fantaseo con la idea de poder estar en cualquier parte como en casa. Cada vez que abro un ejemplar de *News from the Republic of Letters* me encuentro muy lejos del país de Literaturistán. En toda revista literaria digna de ese nombre siempre encuentro la misma aspiración de abrazar la *Weltliteratur*, una aspiración infinita que debe permanecer como tal. Una “locura”, como la definía a veces Goethe, una locura y tal vez una fe. Una locura y una fe que surgen de las catacumbas. ●

* De *No somos los últimos / La literatura entre el fin de la obra y la regeneración humana*, epílogo de Juan Goytisolo, México, Ai Trani, 2015 (“Llanura Prohibida”). Editado para el presente número de *Inundación Castálida*.



Fotografía: Nkululeko Jonas